

La escritora holandesa que nació catalana

Laia Fàbregas nunca había pensado en escribir una novela y mucho menos en escribirla en neerlandés. Pero ocurrió que, al cumplir los 24, se mudó a Amsterdam y una cosa llevó a la otra. Hoy por hoy, Laia es una de las jóvenes promesas de la literatura holandesa. Por **Laura Fernández**

Laia escribe una carta cada día. La mete en un sobre, pega un sello y sale en busca de un buzón. ¿Qué escribe? «No sé, lo que he hecho ese día, lo primero que se me pasa por la cabeza. Depende del día», dice. La destinataria de todas esas cartas, cartas que lleva escribiendo desde hace nueve años *cada día*, es Margot Annuschek, una amiga artista que vive en Amsterdam. Antes, Laia también vivía en Amsterdam. De he-

go los cambios en su sistema informático», explica. Por entonces todavía no escribía una carta diaria. Por entonces todavía estaba aprendiendo el holandés. Así que ni siquiera sospechaba que tarde o temprano se convertiría nada menos que en autora holandesa. «No es algo que hubiera planeado, de hecho, ni siquiera había planeado escribir una novela. Sí, había escrito algo a los 18, pero no tenía mucho sentido»,

recuerda. Pero se especializó en arte y texto. «Siempre me ha fascinado la relación entre el arte y las palabras», dice. Así que, como estaba en Amsterdam y su especialidad incluía una asignatura de narrativa y poesía no tuvo más remedio que probar suerte escribiendo una historia y así fue como empezó *La niña de los nueve dedos*.

«Es la historia de una chica que tiene nueve dedos. Cuando la empecé, lo único que sabía era eso. Que tenía nueve dedos y que siempre había sido así. Pero que había llegado el momento de que eso cambiara», dice. Laia escribió las primeras 20 páginas de la historia en muy poco tiempo, «y se las pasé a un agente literario de Amsterdam, las leyó, le encantaron y me pidió que acabara la novela», cuenta. Y lo que pasó es que el agente, empezó a mover la historia antes de que Laia acabara y le consiguió editorial. «Así que digamos que lo he tenido bastante fácil», admite.

La novela se publicó en Holanda en enero de 2008. En mayo de ese mismo año llegaba a España (la publicó El Aleph), precedida de críticas «sorprendentemente elogiosas», recuerda Laia. «Eso era precisamente lo que me daba miedo. Yo podía valorar si la historia era buena o no, pero no si estaba bien escrita. Y temía que se metieran con mis limitaciones, más que evidentes, porque el holandés es un idioma difícilísimo», dice. Pero no lo hicieron. Al menos la primera vez. Porque ya había una segunda. En febrero de este mismo año ha llegado a las librerías su segunda novela (*Landen*, algo así como *Aterrizar* o *A tierra*). A las catalanas llegará después de verano. Laia se encuentra estos días dando los últimos retoques a la traducción catalana de la

La novela (y la palabra) como contenedor de ideas artísticas

Lo único que hace es seguir su instinto. «No me hago esquemas, no planeo nada, la primera frase es la que marca toda la novela», dice Laia. Sus escritores favoritos siempre han sido Edgar Allan Poe, Boris Vian y Paul Auster. «Hay muchos más, pero seguro que después de leer cualquier historia de cualquiera de ellos tres, me han entrado ganas de ponerme a escribir», asegura. Hace poco descubrió a Enrique Vila-Matas y a Annelies Verbeke. «Pero también me inspira el arte», dice. En especial, el de Sophie Calle. Y el de Jenny Holzer. «Jenny hace cosas con paneles luminosos, siempre está jugando con las palabras, me encanta». De hecho, «se me ocurren un montón de ideas artísticas, que quizá podrían convertirse en piezas de arte, pero que encierro en la novela, que se quedan en palabras», asegura. Laia, que ha compartido piso durante años (hasta con siete holandeses), tardó cinco años en escribir su primera novela «porque cada palabra tenía que ser perfecta». Y lo fue, porque consiguió críticas de cuatro estrellas en los más exigentes suplementos literarios neerlandeses.



cho, ha pasado 12 años en Amsterdam. Se fue a estudiar bellas artes, encontró un trabajo (de tres días por semana, algo que, dice, «sólo puede pasarte en Holanda», porque, de hecho, «es un derecho del trabajador elegir si quiere trabajar tres, cuatro o cinco días por semana») y ya no regresó. «Trabajé cuatro años en la policía. Llevaba proyectos. Organicé, por ejemplo, los cambios de un departamento de la policía y lue-

go los cambios en su sistema informático», explica. Por entonces todavía no escribía una carta diaria. Por entonces todavía estaba aprendiendo el holandés. Así que ni siquiera sospechaba que tarde o temprano se convertiría nada menos que en autora holandesa. «No es algo que hubiera planeado, de hecho, ni siquiera había planeado escribir una novela. Sí, había escrito algo a los 18, pero no tenía mucho sentido»,



JOAN MANUEL BALIELLAS

Laia Fàbregas, entre las sombras, junto a la iglesia de la 'gracienca' Plaça de la Virreina.

novela, que publicará Ara Llibres y que quizá tenga también versión castellana. De hecho, *Landen* cuenta la historia del encuentro en un avión entre un emigrante extremeño y una solitaria joven holandesa. La novela arranca con una frase brutal (ya marca de la casa, pues la que daba pie a su primera novela era igualmente brutal): «Murió durante el aterrizaje». A partir de aquí se reconstruye la vida de él (su boda con una joven artista holandesa, su vida posterior en Figueres) y la de la chica (obsesionada con una lista de 100 nombres que lleva a todas partes y que va tachando poco a poco).

El misterio también les acompaña y lo hace en forma de caja de madera. «Mucha gente cree que escribo las novelas

empezando por el final y nada de eso», confiesa esta barcelonesa que hasta hace poco tenía una bici holandesa. «Me la compré en cuanto llegué a Amsterdam y era viejísima, tenía como 30 años, y pasó conmigo 12», dice. En Barcelona «no ha durado ni dos meses», añade, triste. Luego acaba su té y dice que no sabe si volverá a Amsterdam o se quedará definitivamente en Barcelona. De momento, está buscando trabajo. Y ha empezado una nueva historia. «Todavía no sé en qué lengua la escribiré», admite. Dice que a veces cambia de lengua sin querer y se sorprende de que la gente no la entienda. «Es rarísimo», dice. Durante el día de hoy escribirá una carta. Y quizá le cuente a Margot que su bici sigue sin aparecer.